

CUANDO LOS CAMINOS DEL MAR LLEVABAN AL PARAÍSO TERRENAL

Francisco J. Flores Arroyuelo
Universidad de Murcia*

Résumé: Au long de ce travail ou essaie, nous nous occuperons du traitement que du paradis à costurit l'homme dans sa recherche physique el géographyque de l'éden promis et écrit dans les textes anciens que préconisait l'antiquité.

Resumen: A lo largo de este trabajo o ensayo, atenderemos al variado tratamiento que del paraíso ha construido el hombre antiguo como búsqueda física y geográfica del edén prometido y escrito en los textos antiguos que preconizaban la antigüedad.

El Imperio Romano alcanzó en el siglo II de nuestra era su máxima fortaleza militar y administrativa, y con ello lo que ha de contemplarse como su mayor expansión territorial, llegando a abarcar desde las costas del océano Atlántico, por occidente, hasta las del golfo Pérsico, por oriente, y junto a ello, deberíamos añadir que su propia dinámica de expansión llevaba unida una larga serie de relaciones y contactos de tipo comercial con muchos de aquellos pueblos que quedaban situados en un más allá casi desconocido del que admitían su existencia como algo ajeno a sus propios horizontes pero a los que de algún modo podían llegar, todo lo cual vino a unirse a los numerosos y vivos recuerdos que habían dejado las ya lejanas y míticas conquistas de Alejandro Magno...

Por todo esto, las aguas del océano Indico y del Mar Rojo, llegó un momento que se vieron cruzadas en todas direcciones, sobre todo una vez que aprendieron la técnica de gobernar los barcos al aprovechar los vientos monzones que colmaban sus velas, —pues sus barcos a

* **Dirección para correspondencia:** Facultad de Letras. Campus de la Merced, c/ Sto. Cristo 1, 30001-Murcia.

remos, como las galeras, no llegaron a aparecer en aquellas aguas—, lo que hizo posible que surgiesen algunas factorías comerciales en lugares tan lejanos como Bengala, y hasta en la misma China, del mismo modo que antes habían aparecido en las costas africanas orientales y atlánticas con las que comercializaron más al sur de Sierra Leona y Zanzíbar, en factorías a las que llegaban las caravanas de Malí y Sudá

Siglos después, en el VII, un autor como Teofilactos Simocata, oriundo de Egipto, nos dejó en su obra *Historias* una descripción con alarde de detalles de China, lo que, por otro lado debe unirse al hecho de que desde Constantinopla, y a lo largo de aquel siglo, y por cuatro ocasiones, llegasen a partir mensajeros con fines tan diferentes como hacer posible el establecimiento de relaciones diplomáticas, pedir ayuda al emperador chino para hacer un frente común que hiciese posible poder contener a los árabes que desde hacía unos años habían comenzado a mostrarse beligerantes, y abiertamente expansionistas y difícil de contener. Y también debemos reseñar las misiones cristianas que desde los primeros siglos de nuestra era vinieron a establecerse en la India, así como en la costa de Malabar, en Ceilán, en Etiopía... entre las que destacó la predicación que se atribuyó a Santo Tomás cuyo recuerdo habría de perdurar durante siglos.

Junto a ello, sobre todo en Alejandría, no faltaron estudiosos que se dedicaron a ir reuniendo acopios de noticias que se habían obtenido en el pasado para venir a enlazarlas a las nuevas, pasando a formar un cuerpo en el que dominaba la vaguedad e indefinición, y que, como no podía ser de otro modo, en gran parte fueron aportadas por los marinos. Dichas colecciones de referencias quedaron dispuestas de modo que pudieron servir de conocimiento más o menos práctico del mundo, y también hasta teórico y especulativo, viniendo a destacar entre todo ellos Claudio Ptolomeo, geógrafo y astrónomo, que llegó a describirlo en su libro *Geografía*, obra que habría de pervivir durante siglos, y que se rehizo conforme fue completándose con nuevas aportaciones.

Unido a esta obra se tuvo en cuenta el legado ingente de Aristóteles, Pitágoras, Eratóstenes..., que habían llegado a asumir, sobre un empirismo manifiesto que así se lo evidenció, que el mundo tenía una forma esférica, y hasta, sobre cálculos obtenidos sobre deducciones científicas, lo que les condujo al punto de permitirse facilitar cifras de su dimensión en su circunferencia máxima, y hasta llegar a proponer y defender la hipótesis de que en la superficie de la tierra se podían distinguir cinco franjas netamente separadas, siendo una central, que permanecía desértica por el gran calor que recibía; otras dos, al norte y sur del mundo, que eran sumamente frías, lo que hacía imposible que fuesen habitadas, y dos intermedias, en las que el sol se mostraba templado, y en su consecuencia era posible que se desarrollase la vida. Y como tal realidad esférica y circular, su superficie pronto pasó a ser dividida en grados, como lo llegó a hacer Hiparco, en el siglo II a. de C., cuando tomando como base el 12, siguiendo con ello a los astrónomos mesopotámicos, llegó a fijarla en 360°, lo que permitió que se pudiera obrar con cálculos en una abstracción sobre coordenadas de latitud y longitud que debidamente aplicadas, permitió que se pudiera llegar a fijar sobre la representación de los mapas las situaciones de los diferentes lugares de la tierra¹.

1 S. Samburky, *El mundo físico de los griegos*, Madrid, 1990, pp. 47 y ss.

La obra de Ptolomeo, a pesar de sus circunstancias y para nosotros obligadas limitaciones, vino a suponer y pretender, y siempre realizado sobre reducciones matemáticas a escala, una primera representación del mundo en la que aparecieron tres continentes con formas más o menos definidas: Europa, Asia y África o Libia, que quedaban rodeados por un anillo de agua u océano mundial, también gran río, viniendo a figurar en su centro el mar Mediterráneo, centro que más adelante dejaría de serlo para dar paso a que lo fuese la ciudad de Jerusalén. Y también, más allá de las tierras conocidas en los mares que las rodeaban, vinieron a figurar otras mas reducidas, y hasta diminutas, y siempre con formas que las reconocían como islas, y cuya existencia muy pronto pasaron a formar grandes archipiélagos, para quedar unidas a creencias más o menos fabulosas que permitieron que se argumentaran toda clase de leyendas que decían de existencias maravillosas.

En los siglos siguientes, y como consecuencia del ocaso y declive del Imperio Romano, y por último caída y final, junto a otras manifestaciones, aparecieron algunas que hemos de comprender unidas a lo que representó dicho deterioro, entre las que destacó la pérdida de la utilización de la lengua griega como fundamento del lenguaje científico, con lo que vino a significar de degradación obligada cara a la transmisión del pensamiento y conformación del conocimiento, lo que ocasionó que pasasen a destacar autores como Solino o Martiano, que hicieron que una ciencia como la geografía que se había levantado sobre la mayor exactitud posible pasase a participar de historias en las que la imaginación y fabulación vinieron a jugar un papel destacado, y con ello a que se recuperasen autores olvidados, como Tesisas, que ya en el siglo V a. de C., había dado cuenta de muchas noticias y referencias fantásticas que habrían de ser tenidas por las *maravillas* propias de la India.

Y a todo ello deberíamos unir la aparición del cristianismo que incidió en buena parte para que fuese dejado a un lado numerosos y valiosos aspectos que eran propios del pensamiento clásico, por lo menos en su primera etapa, hasta que San Ambrosio, en la segunda mitad del siglo V, no dudó en proclamar que el hombre necesitaba conocer la naturaleza y la posición que tenía el mundo en el orbe, aunque otros autores, como Cosmas, un monje del siglo IV y autor de una obra titulada *Topografía cristiana*, le contrapunteó viniendo a criticarle y rechazar con determinación todo cuanto había sido tratado en la geografía clásica desde el empirismo pues admitió que era más acertado dejarse guiar de un modo sistemático de la concepción del mundo que se desprendía de la Biblia, y con ello que la tierra no tenía forma esférica sino que era plana y alargada sobre una superficie circular, mientras que el cielo venía a ser una especie de gran dosel abovedado sobre ella que se apoyaba en los muros que cercaban la tierra, así como que la tierra, o superficie en que moraban los seres humanos, estaba rodeada por las aguas marinas, también una especie de continua corriente fluvial, viniendo a quedar en muchas áreas zonas aisladas e ignotas en medio de dichas aguas, entre las que estaba la que guardaba el Paraíso Terrenal así como otros espacios que estaban en permanente unión con el cielo, como aquel del que habían partido el patriarca Noé y sus hijos una vez que se terminó el Diluvio Universal y partieron para poblar las distintas partes de la tierra.

Un escritor cuyo nombre no nos ha llegado, y que fue autor de un libro titulado *Cosmografía*, —que a pesar de guardar las apariencias de ser una obra sujeta a una precisión descriptiva, no fue cosa diferente a un relato de ficción—, y que se presentó con una intro-

ducción en la que vino a asegurar que se trataba de una traducción del relato de viajes de un tal Ético Ister, para darnos en sus páginas noticias de historias maravillosas en las que no faltaban noticias de la existencia en determinados lugares de hormigas de gran tamaño que eran tan fieras como los leones, salvajes que vivían en una isla y que tenían una figura sumamente extraña pues sus cabezas eran semejante a las de los perros..., así como referir que el dicho Ético Ister había pretendido encontrar en el monte Ararat, sin llegar a conocer el menor indicio de éxito, del arca de Noé, o viajó por tierras de oriente en busca del Paraíso Terrenal..., aunque sí consiguió, o por lo menos así lo dijo, llegar a circunnavegar el mar que rodeaba a los tres continentes.

Este personaje, cuyo nombre verdadero según algunos medievalistas se corresponde con el de un tal Fergilo o Virgilio, que a su vez también fue identificado erróneamente con un misionero irlandés que durante el siglo VIII llegó a ser obispo de Salzburgo, y que fue muy renombrado por la discusión con proposiciones no ortodoxas que sostuvo con San Bonifacio sobre una disciplina geográfica, en la que él defendió la postura de que tenía que existir un mundo paralelo que estaba separado del que estaba habitado por los seres humanos y demás criaturas, por lo que su posición muy bien puede integrarse en los relatos en los que invariablemente se venía a situar el Paraíso Terrenal, o la Tierra Prometida, en una isla de occidente que quedaba perdida en medio de las aguas del océano Atlántico².

Durante los siglos medievales, la herencia geográfica del mundo antiguo, con mayores o menores variantes, permaneció latente en autores como San Agustín, Comas, San Isidoro de Sevilla, Orosio, Beda, Rábano Mauro..., y por tanto, y desde el punto de vista de los viajes de exploración en busca de nuevas tierras, debemos destacar los llevados a cabo por portugueses y españoles, y algunos mallorquines, genoveses, florentinos y pisanos, que desde el siglo IX, junto a viajes atlánticos de cabotaje por el litoral africano, lo hicieron también hacia el norte en navegaciones de parecido signo con el fin de buscar la ocasión de hacerse con riquezas de minerales de cuya existencia corrían noticias fabulosas, sobre todo del estaño y del oro, y con este del marfil.

Todo ello, a su vez, dio ocasión a que, al buscar las corrientes de aire favorables en el mar abierto que posibilitasen el viaje de retorno, se vinieran a descubrir diversas islas que quedaban en la proximidades relativas del continente africano, y también hasta otras más alejadas, ya en pleno océano, guiándose para ello por las referencias de las estrellas que aparecían en el firmamento del ecuador, y por otro lado, en los mares del norte, con sus aguas inclementes y borrascosas, que pasaron a constituir *el mar tenebroso*, como los que hicieron los escandinavos e irlandeses, con fines muy diferentes, pues unas los hicieron para pescar el *bacalau* y otros pescados, mientras que no faltaron tampoco los realizados por grupos de monjes irlandeses en busca de lugares apacibles en los que encontrar el necesario retiro, y con él la soledad para la meditación así como cumplir con el ritual de las oraciones que eran propias de la vida eremita.

2 Ver de J. R. S. Phillips, *La expansión medieval de Europa*, México, 1988, pp. 24 y ss. Parece ser que el libro de Ético Ister fue escrito en galo merovingio durante el siglo VII, aunque no han faltado historiadores que defendieron la opinión de que su origen se podía fijar en Baviera en el siglo siguiente.

Se sabe también que en las últimas décadas del siglo VIII o primeras del IX, dichos hombres llegaron a pisar la isla de Thule, que posteriormente fue conocida por Islandia, y que poco más adelante, o casi simultáneamente, se hiciese realidad la presencia de los viquingos en las islas Faeroes, lo que propició que unos y otros continuasen persiguiendo el descubrimiento de nuevas islas, para, al final, dar como resultado que se estableciese una ruta que llegó a ser bien definida, de unas 250 millas marinas, y que comprendía desde las islas Shetlands hasta Groenlandia, y con ello a que no faltasen marinos que fueron acumulando experiencias que habrían de servirles para llevar a cabo el intento de alcanzar algunas de las numerosas islas que presentían que quedaban al oeste de las que con gran esfuerzo habían llegado a conocer, como eran las que fueron descubriéndose en las proximidades de lo que sería el continente americano.

Todos aquellos descubrimientos llegaron a proyectar una realidad que hasta poco tiempo antes se había mostrado presumiblemente incierta, y que ahora, mirándose en los peligros por ellos vividos, muy bien podían ser reconocidos por el fruto de unas aventuras desproporcionadas a sus pobres fuerzas y a los limitados medios con que habían contado, por más que poco a poco habían ido dominando sobre conocimientos marinos propios como las corrientes, los vientos..., y también astronómicos, a pesar de haberse mostrado siempre esquivos, y hasta inseguros y peligrosos.

Todo lo cual propició que de modo paralelo, y desde ellos mismos, llegasen a participar de la compleja y amalgamada trama que se había ido formando sobre determinadas intuiciones, presunciones y creencias, y también asentadas convicciones, adquiridas todas ellas con esfuerzos continuados que no habían cedido ante la menor tregua, y que vinieron a acompañarlos en no pocas ocasiones para servirles de certeros guías, lo cual hizo que fuesen adquiriendo una cierta consistencia y seguridad, que llegó a sobresalir en aquel cuerpo indeterminado y oculto, secreto, como era la posible existencia de unas islas que guardaban riquezas maravillosas, pero que tenían la particularidad de aparecer y desaparecer, o que eran flotantes, y cuya presencia era definitiva de aquel ámbito marino al que se enfrentaban desde hacía siglos.

Todo lo cual condujo a que se afirmasen en unos relatos en los que se fundía en extraña y compleja mixtura lo propiamente fabuloso con lo mítico, y con lo que se había llegado a percibir directamente aunque se admitiese también que lo había sido de una manera más o menos huidiza e indeterminada por no decir extraña, y que vinieron a ser reunidos en colecciones de viajes que son conocidas por los celtas por el nombre de *immarama*, sagas que a su vez pasaron a ser divulgados en ciudades y pueblos del continente europeo por los recitadores o *contaer* de las diferentes sagas.

Dichos relatos, dentro de la clasificación que pronto se hizo de ellos, fueron conocidos por Historias de *Tír na nóg* si hacían referencia al Otro Mundo, pues para los celtas de Irlanda dichos lugares se encontraban en alguna de las islas del atlántico y a las que se podía llegar siguiendo la dirección marcada por el sol conforme se precipitaba en su ocaso, siendo ésta una creencia, semejante a otras que hallamos en diferentes culturas, que pasó a acumularse y hasta confundirse con las aportadas por el mundo clásico grecolatino y la cultura cristiana, lo que así mismo muy pronto llegó a contar con libros en los que se resumían las doctrinas impartidas, entre otros muchos maestros, por Beda, san Isidoro, san Agustín,

Eusebio Vercelensis, Agustín Hibérnico..., aparte de lo que decía la Biblia, y lo divulgado por distintas creencias, como, por ejemplo, las que podemos encontrar en el titulado *Liber de ordine creatorarum*, escrito en siglo VII por un autor irlandés anónimo, que alcanzó una profusa difusión, y en el que tras venir a parafrasear la descripción del Paraíso Terrenal del *Génesis*, se pasa a decir que “mientras, vivía allí el hombre inmortal y dichosamente, ¿acaso no tenía bajo sí sometido a todo el orbe?. Pues ¿qué le impedía el acceso al mundo, si no tenía nada en las criaturas que pudiera dañarlo?. Ni el fuego lo quemaba, ni el agua lo ahogaba, ni lo desgarraba la fuerza de los animales salvajes, ni lo herían las picaduras ni de las espinas ni de ninguna otra cosa, ni lo sofocaba la falta de aire...”³.

En el Paraíso Terrenal, se nos dice en dicho libro, el cuerpo de los seres humanos era inmortal, invulnerable, pues no había criatura animal que pudiera llegar a causarle el menor mal, ni heridas, ni el menor daño..., y hasta era inmune a la vejez y con ella a la muerte..., y así mismo, los primeros padres vivieron en total libertad..., pero un día, por su ambición desmedida que guardaban en su corazón, vinieron a desobedecer a Dios y en su consecuencia se hicieron acreedores de perder todo cuanto poseían. Y junto a ello se nos dice que el Paraíso tenía un valor que ha de ser reconocido por histórico, pues había sido *asiento del primer Adán*, y como tal había quedado por el *centro del mundo* aunque no se supiese de su emplazamiento.

Por todo ello, cuando los primeros padres fueron expulsados y *lanzados a la tierra de donde habían sido tomados*, Dios dispuso que un ángel pasase a guardarlo con el fin de impedir el paso a cualquier persona que se mostrase dispuesto a continuar por el camino que conducía a donde estaba el árbol de la vida. Y por todo ello, el Paraíso quedó en algún lugar desconocido para los hombres por ser su acceso muy difícil, por no decir imposible ya que había venido a ser completamente extraño, y entregado a una suerte ajena a la propia de los hombres que en su consecuencia quedaron reducidos y condenados a sufrir para siempre su añoranza, a desear con pesarosa vehemencia su retorno a él.

Pero si ello fue de dicha manera, desde los primeros siglos del cristianismo, vino a admitirse que los hombres de vida santa y de bondad de corazón, podían intentar adentrarse por dicho camino para, después de vencer las mil dificultades que le saldrían al paso impidiéndole su avance, y también afrontar por ello un sinfín de aventuras y desafíos, y vencerlos, llegar un día a él. Los demás seres humanos tendrían que esperar a morir, que cumplir la vida, para poder llegar, tras la valoración de sus actos, a saber si podían entrar en el Paraíso Celestial.

De este modo vemos que en Irlanda, aquellas islas perdidas en el Océano, muy pronto fueron admitidas por ser espacios propios del Otro Mundo con independencia de que perteneciesen al propio de los humanos, y a los que en esta civilización vemos que algunos de sus héroes, tras su muerte, eran conducidos siguiendo un ritual estricto, viniendo a recibir por dicho motivo los nombres de Isla de la Eterna Juventud, de la Felicidad, del Bienestar Eterno, de los Bienaventurados, etc, y a ser caracterizadas como espacios sumamente agradables y seductores, así como a gozar del germen de la sabiduría y del conocimiento, y hasta

³ Ver *Liber de ordine creatorarum*, de autor anónimo del siglo VII, Santiago de Compostela, 1972. p. 161.

del amor, por poder conocerse en ellas el gozo de la convivencia con hermosas y amables doncellas que acompañaban su presencia con música y toda clase de agradables cantos... Y unido a ello, estaba el hecho extraordinario y maravilloso, bien propio de un encantamiento, de que el flujo imparable del tiempo desde su principio a su fin, y sobre el que se sostenía la existencia de la naturaleza, y en ella de los hombres, era desconocido.

De aquellos viajes por las aguas *procelosas* e inclementes del Atlántico nos han llegado numerosas leyendas, siendo las más famosas la que refiere los viajes de Bran, hijo de Febal, que narra las aventuras de Connla, y la que relata las de Art, hijo de Conn: leyendas todas ellas que fueron recopiladas en el monasterio Druim Snechta durante los siglos VII y VIII, y que sin duda lo hicieron recogiendo las aportaciones de una tradición oral que debía remontarse varios siglos, y que, a su vez, en los siguientes, pasaron a ser cristianizadas y como tales renovadas en algunos aspectos significativos.

Si tenemos en cuenta la que trata del viaje de Bran, hijo de Febal, vemos que un día, cuando este joven se hallaba distraído paseando por los jardines de la casa real, sintió que llegaba hasta él el acompañamiento de una agradable música que poco a poco fue apoderándose de su conciencia, con lo que pasó a caer en un profundo letargo, pero cuando por fin pudo salir de él y creyó que estaba despierto vio que se encontraba ante una bella dama que estaba en silencio ante él portando en sus manos una rama de manzano de plata, para, más adelante, y con voz melodiosa, comenzar a darle cuenta de las delicias que sin parangón posible había en un lugar que se encontraba más allá del horizonte del océano, en una de sus muchas islas que nunca había sido visitada por los humanos, y en la que vivían miles de jóvenes sumamente bellas que parecían esperarlo, así como que en aquel lugar nadie de cuantos habían llegado a conocerlo, se habían sentido amenazados por peligros ni enfermedades, ni ninguna otra pena, y hasta ni aparecía la menor señal de la presencia de la muerte, pues era algo que nadie había llegado a conocer.

Y seducido por todo lo que aquella dama le hubo referido, al día siguiente, Bran, en compañía de veintisiete compañeros, pasaron a iniciar un viaje por las aguas del océano para, tras cumplir dos días y dos noches de navegación, llegar a encontrarse con el dios marino Manannán Mac Lir que viajaba sobre las aguas con su carro de guerra, y después de sostener con él una larga conversación sobre lo que podían encontrar, pudieron proseguir su viaje para llegar a dar con la Isla de la Felicidad que bordearon para dejarla muy pronto atrás, y ya en una nueva etapa, arribar a su destino, a la Isla de las Mujeres, donde fueron recibidos con muestras de sumo agrado por una dama que los fue acomodando en diferentes habitaciones en las que les esperaban bellas jóvenes que comenzaron a cuidarlos y ofrecerles todas clase de suculentas frutas y bebidas..., mientras sonaban músicas y cantos que parecían encantarlos...

Con todo ello, sin tener conciencia de lo que estaban experimentando, el tiempo fue pasando de forma armoniosa, sin que en ningún momento llegasen a percibirlo, y de tal manera, que cuando creyeron que habría transcurrido el espacio de un año, la realidad era que había alcanzado a ser muchísimo más tiempo, y con ello, un día, uno de sus compañeros, sintiendo que su espíritu estaba dominado por la nostalgia, comenzó a decir que ya era hora de que regresaran a su país, a Irlanda, lo que pronto pasó a ser una petición que se vio secundada por el resto de ellos, pero la dama que los había acogido les advirtió con gran

seriedad, y hasta contrariada, que si llegaban a hacer lo que deseaban vendrían a recibir un gran arrepentimiento, pues por ninguna razón ni excusa, si llegaban a su tierra, debían poner un pie en ella.

Y tras haber realizado el viaje de vuelta y llegado al puerto de su pueblo, encontraron que había una gran muchedumbre en los muelles que los miraba con abierta curiosidad por sentirlos extraños mientras se llevaban a cabo las maniobras de atracado del barco, y sin llegar a desembarcar Bran les dijo quienes eran, pero por toda respuesta recibieron la contestación de que no los reconocían, aunque era verdad que habían oído a los recitadores de sagas la que trataba del *Viaje de Bran...*, y, en aquel momento, uno de los hombres se decidió a saltar del barco a tierra, como hizo, y sucedió que en el mismo instante en que su pie tocó la arena, su cuerpo se diluyó tal como si hubiese muerto hacía cien años, dejando en el suelo una mancha.

Bran, asumiendo lo que había sucedido durante el viaje, desde el barco, dio cuenta a las personas que estaban reunidos de la experiencia que habían vivido, y entristecido y dando muestras de resignación, igual que hacían sus compañeros, se despidió de ellos y dio las ordenes oportunas para que izaran las velas del barco y salieron al mar abierto para pasar a perderse en el horizonte, sin que nadie, desde entonces, volviese a saber de ninguno de ellos⁴.

La leyenda de Bran, que muy bien puede relacionarse con una tradición de la antigüedad en que se enlazaron relatos de viajes y aventuras más o menos semejantes a los que llevaron a cabo los frailes irlandeses, tal como los refirió Teopompo de Quio, (siglo IV a. de C.), cuando describió la llegada de éstos a una isla en el océano que tenía el nombre de Merópida, o que también refirió en la antigüedad Plutarco dando numerosos *detalles* de distintas islas que estaban habitadas por griegos que eran descendientes de los compañeros de los viajes a occidente de Heracles, pues no en vano, como dijo el Pseudo-Aristóteles, el héroe griego era *el señor de todas las tierras hacia el oeste*.

Todo ello indujo a que en los siglos XVI y XVII no faltasen autores, como A. Ortelius o Kleper que mostraron estar convencidos de que Plutarco debió contar con noticias de la existencia de las islas del mar del norte del Océano y hasta de algunas del continente americano que hacía pocos años habían sido descubiertas por Cristóbal Colón⁵.

Estos relatos debieron alcanzar una gran difusión durante los siglos VI y VII, etapa que fue conocida por la *Época de los Santos Irlandeses*, por haberse producido en ella un movimiento de expansión de los misioneros cristianos, o *scottus*, lo que condujo a muchos de aquellos hombres a secundar una labor evangelizadora, y a otros, recogidos sobre sí mismos, a llevar una vida de anacoretas en lugares yermos para lo que se embarcaron con el fin de arribar a aquellas islas que se encontraban perdidas en el mar, pero todo ello hizo que durante el siglo X se pasase a creer con plena seguridad en la existencia de islas maravillosas en el

4 M. Alberro, "Los viajes marítimos de celtas britones a *Gallaecia* en el siglo V d. De C., el paradigma céltico de las islas de la Felicidad en el oeste oceánico, y los *immrama de la arcaica tradición oral y la literatura medieval irlandesa*", en *Lycensia*, nº 27, vol. XIII, (2003), pp. 239 y ss. Esta leyenda fue recogida por Meyer en 1895.

5 Ver Marcos Martínez, "Islas escatológicas en Plutarco", en Manuela García Valdés, (Ed.). *Estudios sobre Plutarco: ideas religiosas*, Madrid, 1994, pp., 81 y ss.

mar, y hasta que, como hemos apuntados, en una de ellas se encontraba el Paraíso Terrenal, aunque poder llegar a pisar su suelo no pasó de ser admitida como una mínima posibilidad, como una contingencia esquivada.

El relato de la odisea monástica de san Brandán o san Brandano, también san Brenum, san Brenand... se corresponde con la de un santo irlandés del siglo VI que fue abad de las abadías de Llancarvan y de Clonfert. Su vida, y en ella su viaje, en determinado momento llegó a ser considerada una realidad histórica, y como tal fue referida por cronistas como Sigiberto de Glémbloix, habiéndonos llegado en diversas versiones en latín y otras lenguas europeas, lo que por sí mismo dice de la gran difusión que alcanzó también por toda Europa bajo el título de *Navigatio Sancti Brendan*, así como que fue considerada sobre diferentes opiniones que la mostraron partícipe de un enigma que guardaba cierta relación con un hecho real o también que viniera a ser una alegoría mística de la vida conventual...tan importante en Irlanda⁶.

En la *Navigatio* se describe el viaje que realizó este santo una vez que fue convencido por un monje llamado Berinthus cuando relató la vida que llevaban los frailes de una comunidad en la lejana y próxima Isla de los Placeres, isla que se encontraba en el océano que se abría ante Galway, lo que le condujo a sentir la necesidad de buscarla, por lo que, tras prepararse espiritualmente siguiendo un ayuno de cuarenta días, Brandan, acompañado de catorce monjes, (o diecisiete según otras versiones), inició un viaje en un barco del tipo *curragh*, —con los costados y cuerdas de mimbre cubiertos con piel de bóvidos curtida con corteza de roble y un mástil a la que se sujetaba una vela—, que debería llevarles a aquella isla que se encontraba situada en el límite occidental del mar océano.

Y tras viajar durante siete años por el mar océano sin observar una dirección definida, tiempo en el que tuvo que enfrentarse a una larga serie de aventuras, como la del pez-isla, una ballena o un gran delfín, que creyeron que era una isla, lo que hizo que desembarcaran para decir misa, pero de pronto, tras haber hecho fuego, sintieron que la superficie que creían tierra se había puesto en movimiento al tiempo que comenzaba a emitir grandes quejas como si se doliese, por lo que los frailes pasaron al barco y emprendieron una huida empujados por el temor de que fuese una isla flotante que los podía apartar de su destino; otras veces se dejaron llevar guiados por señales maravillosas; o recalaron en una isla plantada de viñas que producían racimos de granos de uva tan grandes como manzanas; visitaron una isla llamada de San Albeus en la que había una comunidad de veinticinco monjes que llevaban ocho años sin pronunciar una palabra y que solamente se comunicaban por un lenguaje de signos hechos con las manos y la boca; descubrieron en medio del mar una gran columna de cristal con capitel de plata; atracaron en tres islas volcánicas encontrando en una de ellas a Judas que estaba descansando de los trabajos propios de su condena por ser domingo; en la llamada isla dicha Paraíso de los Pájaros vieron árboles que en vez de crecer hojas en sus ramas, lo hacían criaturas picudas cubiertas de plumaje;... hasta que llegaron a una de ellas que presentaba una muralla circular que se elevaba hasta alcanzar las nubes, y que, por lo que pronto supieron era la Tierra Prometida o el Paraíso Terrenal.

6 Los volandistas, en el escrutinio y reconocimiento que hicieron de los santos medievales, sobre todo atendiendo a la consideración de *verdad* en el relato admitido como canónico de sus vidas, rechazaron a San Brandán por creerlo un producto de cierta fantasía piadosa que sin duda era apócrifa.

Tras secundar una búsqueda por en medio del campo que llegó a durar cuarenta días encontraron un ancho río que dividía la isla, y cuando se disponían a vadearlo les salió al paso un ángel que les conminó a que se detuvieran a la vez que les mostraba la puerta de la gran muralla que aparecía guardada por dos fieros dragones, y en la que había dispuesta una espada amenazadora sobre su dintel, pero en aquel momento, el ángel dio una orden a los dragones por la que quedaron amansados y se retiraron mientras se les comunicó que no tuvieran ningún temor pues era llegado el momento de poder pasar a su interior, como hicieron, siendo guiados por el ángel, y así, extasiados ante lo que aparecía ante ellos, pudieron vagar contemplando lo que era aquella naturaleza extraordinaria.

Pero cuando se encontraban ensimismados escuchando una armoniosa y grata melodía envolvente, supieron que sus limitaciones humanas les impedían proseguir el camino, y con ello de que habían llegado al límite que les había sido permitido alcanzar, por lo que no pudieron saber de cuanto había más allá, y ya sólo tuvieron que salir de aquel lugar y tomar la barca para emprender el camino de regreso, como hicieron, pero ahora el viaje sólo tuvo una duración de tres meses. Y así, de nuevo en Irlanda, pudieron referir las muchas maravillas que les habían sido dadas a conocer por especial voluntad de la divinidad⁷.

Pero a su vez, muchas de las particularidades que aparecen en la *Navigatio* tienen su correspondencia en las que podemos encontrar en muchos de los relatos que nos dejó la antigüedad, como el *Physiologus*, en el que se dice de una isla que se creía que estaba perdida en el océano Atlántico y que era tenida por flotante⁸, por lo que podía trasladarse de un lugar a otro conforme era llevada por las corrientes marinas o por los vientos, y que muy pronto pasó a recibir el nombre de isla de San Brandán.

Por ello, esta isla fue admitida como si tuviese un emplazamiento incierto pues aparecía y desaparecía en las aguas del océano como si se tratase de un espejismo, lo que conllevó que durante siglos fuese buscada con decisión por algunos hombres de mar, y hasta que propiciase que fuesen numerosas las noticias de que se pudieron dar de ella los marinos cuando regresaban a sus puertos, pues, como aseguraban con convicción, la *habían visto* en sus viajes⁹, lo que hizo que en un primer momento fuese situada sobre el paralelo de Irlanda para, posteriormente, pasar a hacerlo en las inmediaciones de la isla Madera, y por último al occidente del

7 Ver Francisco J. Flores Arroyuelo, “El viaje en el tiempo”, en F. Carmona Fernández y A. Martínez Pérez (Eds), *Libros de viaje*, Murcia, 1996, pp. 149 y ss., y de Marie José Lemarchand, *El viaje de San Brandán*, Madrid, 1983, pp. XI y ss. Jesús Moya, *Las máscaras del santo (Subir a los altares antes de Trento)*, Madrid, 2000, pp. 448 y ss. Entre otros muchos trabajos, figurando entre ellos los que defienden la tesis de que la *Navigatio* tiene un valor documental, como que la Isla de las Ovejas son las Färoes, que la columna de cristal era un iceberg, las islas volcánicas eran Canarias... También se ha relacionado el viaje de San Brandan con el de Machurus o Macluvius, en francés Malo, fundador de la sede de Saint Malo en la Bretaña francesas... Ver Louis-Andre Vignerat, *La búsqueda del paraíso y las legendarias islas del Atlántico*, Valladolid, 1976, pp. 28 y ss.

8 De las islas flotantes trató en la antigüedad: Plinio en Viejo: “Ciertas islas siempre andan flotando, como en el territorio Céculo...” (*H. N. II*, 95). En el mismo párrafo dice también que se conocía un bosque cerrado que nunca, ni de día ni de noche, se llegaba a encontrar en el mismo lugar. (ASIN PALACIOS).

9 Se sabe que en 1461, un marino llamado Gonzalo Fernández dijo haber visto al W de las Canarias, entre la niebla, una gran masa que él no dudó en identificó como la isla de San Brandán, lo que hizo que corriesen leyenda en las que se la denominó también como la *Non Trubada*, y no faltaron tampoco otras en las que se dijo que dicha isla fue reclamada formalmente en alguna ocasión por los reyes de España a los de Portugal. De la isla de San Brandán se ocuparon ya en el siglo XVIII ciertos historiadores de las Islas Canarias, como José de Viera y Clavijo. Ver L-A Vignerat, *La búsqueda...* Opus cit. p. 36.

archipiélago de las Canarias, o Islas Afortunadas, lo que por último conllevó que hasta llegase a figurar en la cartografía del océano que se fue realizando, sobre todo, a partir de los siglos medievales, como hallamos en los mapas de Hereford y de Ebstorf..., perdurando en ellos hasta en la cartografía del siglo XIX donde la hallamos junto a la isla de la Palma¹⁰.

Otros viajes marinos de monjes, como el de la abadía de Sant Mathieu, fueron relatados en el libro de título *Panteón*, de Godofredo de Viterbo (s. XII), en el que el Paraíso Terrenal aparece en una isla situada en el oeste de Bretaña, siendo guiados estos monjes en su travesía por una imagen de la Virgen María... Este viaje, tal como hemos visto en el de san Brandán y otros, y desde una perspectiva diferente, debe ser incluido en *los viajes en el tiempo*¹¹.

Otra isla mítica que vemos que aparece en portulanos y mapas medievales es la isla conocida por el nombre de Brasil, que en un primer momento lo hizo en la carta del italiano Angelino Dalorto, de 1325, y pocos años después apareció en el del mallorquí Angelino Dulcert, de 1339, cosmógrafos ambos que en ocasiones han sido considerados por error una misma persona.

El apelativo de dicha isla como Brasil lo podemos encontrar en la documentación marina del siglo XVI, por ejemplo en los mapas de Johannes Schoener, Diego Ribero, Giacomo Gastaldi etc., e incluso en la edición del Atlas de Ptolomeo de 1513, obra monumental que fue actualizada con los últimos descubrimientos. Debiéndose unas veces dicha denominación a los italianos por haberla relacionado con Braxile, un pequeño pueblo próximo a Génova. como hizo Paolo Revelli, mientras que otros creyeron que era debido a su relación con el famoso *palo de Brasil*, una madera que desde el siglo XII venía siendo utilizada en Europa como un producto de gran poder colorante, y que era conocido con el nombre de *berzín*.

Para mayor confusión se sabe que desde 1367, año en que Pizzigai realizó su mapa, se comenzó a hablar de dos islas Brasil, siendo situada la segunda mucho más al sur que la primera, por lo general en las proximidades de las islas Madeira, o también junto a la llamada Terceira del archipiélago de las Azores, dándose como razón que en ella crecía el drago, un árbol cuya savia era conocida por *sangre de Drago* que así mismo se empleaba en la industria textil europea.

Aunque lo más acertado, y como tal se admite en nuestros días, es que el nombre de Brasil se debe a una palabra que encontramos con profusión en el folklore irlandés y siempre en relación con la isla de San Brandan, y como tal es un vocablo que pertenece a la lengua gaélica, pues aunque su etimología se haya mostrado siempre sumida en cierta opacidad, es admitida como derivada del celta *bras* o *bres*, palabras con el significado de *fértil, noble, brillante, feliz...*, y sobre ella con la raíz indoeuropea *bhre*, lo que hace que la isla Brasil no sería otra cosa que la Isla de la Felicidad o de las Delicias que aparecía en la leyenda de San Brandán¹², y como tal la encontramos con forma circular en algunos mapas, así como,

10 Ver, respecto a la relación de la isla de San Brandán o San Bororón con las Canarias. Eloy Beniro Ruano, "Cartografía canaria de la Isla de San Borodón" en *V Coloquio de Historia Canario-Americana*, 1982, T. IV, Las Palmas. 1983, pp. 145 y ss.

11 Ver E. Beauvais "L'Ellysée trasatlantique et l'Eden Occidental", en *Revue d'Historie des Religions*, 1883, pp. 680 y ss.

12 Thomas Johnoson Westropp, "Brazil an the Legendary Island of the North Atlantic...", en *Proceedings of the Royal Irish Academy. Section C. vol. 30* Dublin, 1912-1913, pp. 223 y ss.

en algunos casos, dividida en dos mitades por un río. Y junto a ello debemos hacer constar que en nuestros días, en las islas de Aran, y en las bahías irlandesas de Galway y Kikieran..., nunca faltan en sus puertos viejos marineros que cuentan que en sus viajes la creyeron entrever en medio de la neblina, de la misma manera que lo hicieron sus antecesores de siglos pasados.

Pero la isla de Brasil pasó a adquirir una valoración muy diferente cuando en 1500 el marino portugués Pedro Álvarez Cabral ancló su navío en el litoral que creyó que pertenecía a una de ellas, aunque muy pronto habría de pasar a ser tenida por *tierra firme* que formaba parte de un *mundo nuevo*, y que poco después fue reconocida como perteneciente a un continente que en la cartografía fue denominada América en honor de Américo Vespucio, y que, por más que en un primer momento aquel marino portugués también creyó que había llegado a algún lugar de Asia, muy pronto, y con más razón después de haber oído a dos de sus oficiales, no tuvo ningún empeño que le impidió rectificar y por ello admitió que había fondeado en la gran *barra de tierras* que había entre Europa y África, y Asia¹³.

Hasta aquel momento, los marinos portugueses ya habían hecho muchos viajes buscando aquella isla de nombre Brasil, y que había pasado a ser famosa y su ocupación codiciada porque se decía que en ella se producía en gran cantidad del *páu de Brasil*.

Y junto a todo esto que apuntamos debemos consignar así mismo que esta mítica isla también fue buscada en otras latitudes por los marinos ingleses de Bristol, al hacerlo en las aguas del Atlántico Norte durante la década de 1490-1500, para lo que pusieron a su flota de navíos bajo el mando de Juan Caboto, llegando en uno de sus viajes de exploración a Terranova y hasta el continente americano en las tierras de la península de Labrador. En el viaje que este famoso marino hizo en 1497, y tras una navegación de unos treinta y cinco días, identificó unas tierras que reconoció como la isla Brasil y así mismo de las Siete Ciudades¹⁴.

También se sabe que unos años antes ya lo habían hecho algunos barcos de pesca que habían salido del mismo puerto para navegar a Islandia y Groenlandia, e incluso se habían armado otros para formar la expedición que se hizo a la mar bajo el mando de John Lloyd, y que terminó en un completo fracaso¹⁵.

En aquellos viajes se intentó navegar sobre las rutas que habían sido abiertas desde hacía siglos por los frailes irlandeses y los vikingos. Y por último, de idéntico modo a como parecía que siempre debía venir a suceder con dicha isla, un día aparecía en el horizonte pero cuando se acercaban a ella para llegar a pisarla y fijarla de manera definitiva en las cartas marinas, volvía a desaparecer para no volver a ser entrevista en el horizonte durante años y años por más esfuerzo que se hiciese por cuantos participaban en las empresas que con dicho fin se sucedieron.

Pero el nombre de Brasil que fue tomado para denominar la enorme parte de la plataforma continental sudamericana que hoy conocemos, durante el siglo XVI, discurrió por una serie de etapas escalonadas, pues en un primer momento, Cabral, su descubridor en 1500.

13 Max Justo Guedes, "O reconhecimento do litoral brasileiro na 1ª década do século XVI", en *RHGB*, nº 287, 1970.

14 Cesáreo Fernández Duro, "Los caboto", en *B A.H.M.*, vol. 22, 1893, pp. 357 y ss.

15 L. A. Vígneras, "The Cape Breton Landfalls 1494 or 1497. Note on a letter from John Day", en *Canadian Historical Review*, XXXVIII, 1957 pp. 226 y ss.

cuando fue desviado por los vientos de la ruta a la India, viniendo a bautizarla con el topónimo de Vera Cruz por creer que era el mas apropiado al ser éste el nombre propio de la orden portuguesa a la que el Papa había concedido los derechos de su búsqueda por los mares, y como tal símbolo aparecía en sus velas.

Dicha isla, según admitieron y divulgaron, era la mayor de las que componían un archipiélago que estaba compuesto por cuatro o cinco, pues así se manifestó con firma opinión maese Juan, el cosmógrafo de la expedición, lo que en Lisboa vino a dar lugar a que se la considerase como un perfecto lugar estratégico ya que podía ser habilitado con el fin de que recalasen sus barcos en su ruta a la India por occidente y pudiesen hacer la aguada y pertrecharse de alimentos, o lo que es lo mismo que decir que se le otorgó el valor de una pequeña y valiosa argolla que podía utilizarse como punto de llegada y de partida de las múltiples direcciones que los barcos portugueses podían tomar en la acción propia de la empresa colonizadora a que los portugueses siempre se creyeron destinados, pues no se debe olvidar que Portugal, en aquellos inicios del siglo XVI, podía ser considerado un Imperio comercial que había ido situando factorías debidamente fortificadas en distintos continentes, como las de Calicut en la India, o las que jalonaban el litoral africano del golfo de Guinea, así como en las numerosas islas que aparecían repartidas por el océano Atlántico, aparte de los correspondientes beneficios que comenzaba a reportar el hecho de haber realizado, tras vencer grandes dificultades de todo tipo, y de ello hacía muy poco tiempo, la apertura de la vía *de oriente* una vez cumplida la primera circunnavegación de África, y con ello haber podido conseguir el mismo objetivo que habían hallado los españoles siguiendo la vía del oeste por las aguas del océano Atlántico, con independencia que pareciese, y una vez que habían pasado siete u ocho años, que se encontraban desorientados por verse obligados a actuar dando palos de ciego pues todavía se encontraban sin haber encontrado ninguno de los puertos ni ciudades que tenían señalados como objetivos.

Para la monarquía portuguesa del siglo XVI, como es natural por faltarle la necesaria perspectiva geográfica y con ella la realidad grandiosa e incalculable de lo que verdaderamente significaba aquella vasta extensión de tierra que habría de terminar siendo conocida por Brasil, y que para ellos no pasaba de ser más que un espacio relativamente dilatado que quedaba inserto en una continuada cadena de islas, pues con ello no hacían más que secundar la visión del mundo tal como la estableció Ptolomeo y continuaron otros geógrafos de la antigüedad, y muy poco más, y con todo ello se la consideró semejante al archipiélago que los castellanos habían descubierto poco antes, y todavía continuaban haciéndolo en las aguas del Atlántico Norte. Y es que aun faltaba más de medio siglo para que se llegase a aceptar que dicha tierra formaba parte de un continente, y como tal que ella misma era una realidad geográfica que hasta entonces había sido imposible tan siquiera de imaginar.

Y es que los portugueses, en las décadas inmediatas, y tanto anteriores como posteriores al año 1494, en que se estampó la firma en el documento del Tratado de Tordesillas por Juan II y los Reyes Católicos, que establecía un acuerdo por el que se corrigieron las demarcaciones que con anterioridad habían sido señaladas a favor de ambos países por el Papa, y con ello que se estableciesen con la mayor nitidez posible la división de dos campos jurisdiccionales que redundase en el beneficio de eludir problemas de competencias¹⁶.

16 Ver de L. Werkmann, *Constantino el Grande y Cristóbal Colón, Estudio de la supremacía papal sobre islas (1091-1493)* México, 1992.

Pero los portugueses, ante lo que podían llegar a significar aquellas tierras, comenzaron a idear y llegar a desarrollar, y con todo ello a defender con terca determinación, lo que por nuestra parte debe asumirse como una especie de posible, fantasmal y avisada conjetura, por ser una especie de rara entelequia que por otro lado venía a ser una especie de recurso que en sí era muy propio de aquellos momentos históricos de apertura y cambio manifiesto de lo que había que aceptar como nueva visión del mundo.

Y desde aquel momento los portugueses dieron en afirmar que las tierras que formaban aquel archipiélago, y por lo que en sí eran y, también, por lo que podían ser, estaban integradas por numerosas pequeñas islas, entre las cuales estaba la que debía asumirse definitivamente por la hasta entonces buscada isla Brasil, pues no era otra que aquella que hacía poco tiempo ellos habían descubierto, con lo que dicha isla, de ser, como se había creído en un primer momento, un enclave que estaba perdido en el Atlántico, pasó a adquirir una categoría muy superior, —ya que aparte de admitirse como tal por los portugueses, y considerarse conforme a sus intereses, lo que hizo que mereciese ser un secreto de Estado— pues muy pronto llegaron a saber que era de unas proporciones difícilmente calculables, que era *terra firme*, lo que nunca llegaron a declarar, y menos aun a reconocer.

Junto al envite político que ello significó, dicha tierra quedó definida como una isla más o menos extensa que estaba delimitada, pues como tal, lo era por su lado oriental con las aguas del propio océano Atlántico, a las que habrían de añadirse las aguas marinas que corrían en su lado occidental y de norte a sur, con lo que era el brazo de agua que se decía Paraná, y que unas veces fue tenido por un gran río por los castellanos y siempre, por los portugueses, por un mar cerrado, y que se enlazaba con unos tramos que venían a continuarse con los del río de la Plata, unas aguas que los portugueses habían surcado en 1500¹⁷. Y como tal isla terminaba cerrándose por su lado norte, y de oeste a este, con el litoral del mar Amazonas, aguas que solamente habían sido exploradas por los españoles en su desembocadura, lo que redundó para que fuese admitido por una enorme masa de agua dulce pues, desde un primer momento, nadie había dudado que era un mar. También se dijo que en el oeste, aquel mar llegaba a un gran lago que así mismo era alcanzado por el sur por el Paraná¹⁸. Por todo ello, en ningún momento se llegó a considerar que los portugueses habían violentado la letra y espíritu de las cláusulas establecidas en el Tratado de Tordesillas. Muchos años después, las tierras del norte del Amazonas serían cedidas por España a los lusitanos.

De este modo, la Isla Brasil, también conocida por Roca Brasil, Brasil, Brazil, Bracia, Brasill, Brezil..., o Bressilla en italiano y Prezil o Priscilia en alemán..., de ser una especie de invención que se acomodaba y correspondía con las delimitaciones de una isla que había permanecido perdida durante siglos y que por ello había hecho que fuese buscada en diferentes latitudes, pasó a conformarse en lo que habría de ser una realidad geográfica concreta. Por tanto, y por otro lado, tampoco faltaron ocasiones en que la isla Brasil, como tal, apareciese expresamente aludida en toda clase de documentos portugueses, tanto de corte oficial como puramente literarios, como encontramos que sucede en *Os lusiadas* de Camoens, y

17 Ver Fernando O. Assunsao, *Presença e heranças portuguesas na regio do Rio da Prata*, Lisboa, 1987, pp. 21 y ss.

18 Ver Luis Weckmann, *La herencia medieval del Brasil*, México, 1993, pp. 41 y ss.

muy pronto también vino a figurar como tal en la cartografía renacentista que gracias a la imprenta permitió que se multiplicase su imagen y referencia nominal, llegando a aparecer como Brasil en las ediciones de la *Geografía* de Alejandrino Claudio Ptolomeo, y que ya lo hizo con el título de *Cosmographia* una vez que de dicho modo lo consideró más apropiado su traductor Jacobus Angelis¹⁹.

A dicha edición le siguieron otras muchas en las que fueron añadiéndose en nuevas *tabulas* los descubrimientos conforme iban llegando las noticias pasadas por el tamiz de la fidelidad a los talleres del grabado de planchas y de su impresión con la nueva aplicación de la técnica de la imprenta, por lo menos en un primer momento, lo que a su vez muy pronto suscitó nuevas series de problemas y contradicciones de orden cosmográfico que terminaron por imponer el conocimiento de la nueva realidad del mundo en relación con la doctrina establecida en la *Biblia*, y que había sido admitida durante los siglos medievales: que la tierra era una superficie plana rodeada por las aguas de los mares o de un gran río..., así como el reconocimiento de la espinosa doctrina de las antípodas que había sido condenada junto a la concepción globular de la antigüedad griega, o si la tierra era el centro del mundo...²⁰.

De 1506 tenemos el primer Mapamundi impreso en el que se llegaron a representar los descubrimientos trasatlánticos, que fue debido a Contarini-Roselli y publicado en Venecia, y en el que las tierras brasileñas lo hacen todavía con el nombre de *Terras Crvcis*, aunque ya en otros anteriores, la *isla* Brasil aparecía como tal con forma alargada en una parte y redondeada en otra, como en los mapas debidos a Cantino y a Caverio, de 1502 y 1503 respectivamente, y así mismo con una forma semejante la hallamos en el de Funstmann II de 1504, etc.²¹.

En otras ocasiones, vemos que la isla de Brasil lo hacía partida en dos mitades, como sucede en el planisferio de Jorge Reinel, y también, y sin salirnos de este ámbito, sobre todo entre los italianos, lo hizo como *Terra dei Papagalli*, en alusión a la profusión de dichas aves, y como tal denominación perduró durante decenas de años en numerosos mapas y planisferios. Pero poco a poco, la alusión expresa a la Isla fue desapareciendo para ir dejando paso a hacerlo con la denominación de *Terra do Brasil*, pues de dicho modo vemos que aparece en el *Esmeraldo* de Duarte Pacheco Pereira de 1505-8²².

Por último debemos hacer mención de la isla Antilia o de Las Siete Ciudades que unas veces aparece como una de ellas, y en otras lo hace como si fuese en dos, y que como tal vemos quedó en el globo terráqueo de 1492 debido al famoso cosmógrafo portugués Martín Behaim.

Posiblemente la mejor descripción de esta isla mítica es la que debemos a Hernado Colón cuando en su *Historia del Almirante*, discurre sobre las creencias, causas y conjeturas que impulsaron a su padre Cristóbal Colón a que pudiera llegar a concebir la idea de que era posible la realización de un viaje a la India siguiendo la rota del océano Atlántico. Así, tras

19 Carlos Sanz, *La Geografía de Ptolomeo ampliada a los primeros mapas impresos de América*, Madrid, 1959, pp.12 y ss.

20 Ver Paul Zumthor, *La medida del mundo*, Madrid, 1993, pp. 221 y ss.

21 Ver de A. Cortesao, *Cartografía e cartógrafos portugueses dos séculos XV y XVI*, Lisboa, 1935 y de Gustavo Barroso, *Portugal na lendae na cartografia antiga*, Sao Paulo, 1941.

22 Ver de Armando Cortesao, *Cartografía e cartógrafos portugueses dos séculos XV y XVI*, Lisboa, 1935.

dar cuenta de las diversas islas que se decía que en ocasiones se veían en el mar, como las que nos hemos referido, sobre todo a la de San Brandán, que según decían muchos habitantes de las islas de Hierro, la Gomera, las Azores... habían visto en diferentes momentos, o la que aparecía en las cartas de marear con el nombre de Antillas, isla que para él no era otra que la de las Siete Ciudades que según una tradición marinera había sido poblada por los portugueses cuando los moros entraron en la península Ibérica tras derrotar al rey don Rodrigo en el Guadalete:

“Dicen que entonces se embarcaron siete obispos y con su gente y sus naos fueron a esta isla, donde cada uno de ellos fundó una ciudad, y a fin de que los suyos no pensarán más en la vuelta a España, quemaron las naves, las jarcias y todas las otras cosas necesarias para navegar. Razonando algunos portugueses acerca de dicha isla, hubo quien afirmó que habían ido a ella muchos portugueses que luego no supieron volver. Especialmente dicen que, volviendo el Infante D. Enrique de Portugal, arribó a esta isla Antilla un navío del puerto de Portugal, llevado por una tormenta, y, desembarcada la gente, fueron llevados por los habitantes de la isla a su templo, para ver si eran cristianos y observaban las ceremonias romanas; y visto que las guardaban, les rogaron que no se marchasen hasta que viniera su señor, que estaba ausente, el cual les obsequiaría mucho y daría no pocos regalos, pues muy pronto le harían saber esto. Mas el patrón y los marineros temerosos que los retuvieran, pensando que aquella gente deseaba no ser conocida y para esto les quemara el navío, dieron la vuelta a Portugal con esperanzas de ser premiados por el Infante, el cual les reprendió severamente y les mandó que pronto volviesen; mas el patrón, de miedo, huyó con el navío y con su gente fuera de Portugal. Dícese que mientras en dicha isla estaban los marineros en la iglesia, los grumetes de la nave cogieron arena para el fogón, y hallaron que la tercera parte era de oro fino” más abajo del septentrión o ...iban sobrenadando por el mar²³. Y añadió que habían sido muchos los portugueses que habían ido en busca de dicha isla.

23 M. Fernández Álvarez, *La gran aventura de Cristóbal Colón*, Madrid, p. 74.